

## CESARISMO POPULISTA (1969) (°)

(°) Versión original en francés (1969):

<[http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/rfsp\\_0035-2950\\_1969\\_num\\_19\\_3\\_393169](http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/rfsp_0035-2950_1969_num_19_3_393169)>

El vocablo "populismo" es corrientemente usado para designar ciertos partidos de masas aparecidos en el siglo XX en América Latina (getulismo en Brasil, peronismo en Argentina, apristas en el Perú, A.D. en Venezuela, velasquistas en Ecuador) que se rebelan irreductiblemente a los esquemas políticos clásicos. Las interpretaciones divergentes dadas de este término, ilustran la complejidad del fenómeno populista. Estos diversos partidos o movimientos tienen, sin embargo, fundamentos económicos, sociales y culturales parecidos; su aparición casi simultánea en diversos puntos del continente, consecutivos a la crisis de 1929, la similitud de sus métodos de acceso al poder, de su concepción de Estado y de desarrollo nacional, muestran claramente su pertenencia a una misma familia política. Pero más allá de estas coincidencias, lo que caracteriza a estos populismos es la movilización de las clientelas políticas nuevas, esencialmente populares, aparentemente al margen del *processus* político; y más todavía, la canalización de las aspiraciones de estas masas políticas es hecha por su líder carismático; partido, programa *leader*. De las tres dimensiones, la última es esencial. Es por esto que el término de Cesarismo, entendido como una combinación de poder personal y del consentimiento popular, sería más apto para dar cuenta de la verdadera naturaleza de estos movimientos que sólo el vocablo populismos, actualmente utilizado.

oooooooo

La naturaleza de estos organismos torna difícil todo esfuerzo de clasificación de las fuerzas políticas del continente. Ellas no se reconocen en ninguna de las nomenclaturas existentes. Es por esto que se les da el nombre de "populismos". Es así que ellos aparecen en el manual de J. Lambert<sup>1</sup> y en el que se presenta Claudio Véliz<sup>2</sup>. Se trata de un vocablo cómodo, de un cajón de sastre para las formas *sui generis* de organizaciones políticas que se resisten a clasificaciones corrientes? ¿O existen entre estas organizaciones relaciones de

---

<sup>1</sup> LAMBERT, J.: *Les partis du type "populiste"*, págs. 246-252, en *Amérique Latine, "Structures sociales et institutions politiques"*, París, Prensas universitarias de Francia, 1963.

<sup>2</sup> ANGELL, ALAN: *Party systems in Latin America*, páginas 359-364, en Veliz (Claudio) y al., "Latin America and the Caribbean", A handbook, London, A. Blond, 1968

parentesco que justifican el hecho de considerar los casos locales políticos de populismo como manifestaciones de una realidad común colectiva, continental, bajo la apariencia de partidos y de programas diversos?

El tema merece un tratamiento detenido, pues presenta una de las cuestiones más significativas quizá de la historia contemporánea de la América Latina. En efecto, si se observa con atención los acontecimientos de la vida política del continente, se notará la presencia de estas organizaciones irreductibles a todo esquema clásico: los aprismos, los peronismos, getulismos, con su vasta clientela, su organización tan particular, la fascinación que sus jefes ejercen sobre las multitudes, su presencia y sus eclipses: exilios, hecatombes políticas, persecuciones. Estos movimientos, populistas o no, constituyen el rasgo dominante de la vida política latinoamericana.

Lo más llamativo es que en cada caso nacional encontramos al populismo en el centro de la configuración local de poder y es a él, ya sea en forma de partido, como el APRA, o de simple movimiento, como el velasquismo, adonde se orientarán las referencias si se quiere dar toda su significación a otros temas de la sociología del poder: clases dominantes, ejército, grupos de presión externa, Iglesia, sindicatos y, naturalmente, partidos políticos. Hoy mismo, la serie de golpes de estado militares (anti-partidos populistas) sitúa el estudio de estos partidos políticos en el corazón de todo debate y de toda investigación sobre la América latina.

Nos hallamos, sin embargo, frente a dos obstáculos. De una parte, la noción de populismo tiende a imponerse con una curiosa facilidad. Es evidente que Lambert, Di Tella, Weffort y otros han notado una cierta regularidad en el comportamiento de estos partidos, como en su evolución en el tiempo y en espacio. La aventura peronista comienza cuando declina el aprismo; se puede considerar Acción Democrática de Venezuela como una proyección ideal de lo que hubiera hecho el partido de Haya de la Torre si hubiese llegado al poder en el Perú, etc. Tenemos necesidad de un nombre que cubra esta constante política que encontramos en contextos diferentes. Pero ¿la noción de populismo es la más adecuada?

Por otras razones, es escandaloso que no exista ningún estudio sistemático de dichos populismos. Esta carencia es, no obstante, significativa en ella misma y nosotros vamos a intentar arriesgar una explicación. Hacia los años 30, los populismos irrumpieron brutalmente en la vida política y espiritual del continente. Frente a estos movimientos de masas, ante las *mises en scène* peronistas y apristas, frente al "cesarismo" de un Getulio Vargas o de un Perón, la inteligencia local sufrió una especie de *shock* cultural, un tanto semejante al que había sufrido en Europa la intelligentsia de la entre-dos-guerras<sup>3</sup>. Si se lee a Ezequiel Martínez Estrada o los editoriales de Miró Quesada en el periódico *El Comercio* de Lima, se constatará cómo la élite local se horrorizaba de esos "cabecitas negras" con los que Perón inundaba las calles de Buenos Aires o esos "cholos" que el APRA había movilizado por primera vez en un Perú

---

<sup>3</sup> *Notes critiques sur le fascisme*, "Annales" (París), enero-febrero 1964, pp. 83-192

por entonces tradicional y timorato. "Aluvión zoológico", "chusma", "ola populachera", los epítetos despreciativos para estos *parvenus* políticos abundan en esta América latina, que no será ya la que conoció André Siegfried. Pero ¿el observador extranjero puede ser afectado por resentimientos provincianos? Ciertamente, pero de otra manera. El investigador puede reaccionar equivocadamente delante de fenómenos sociales impregnados de una demagogia grandilocuente y pomposa frente a un universo político adornado, hasta límites difíciles de concebir para quien no está habituado, de un simbolismo irracional y confuso. En suma, los populismos inspiran ya sea desconfianza, como a J. Lambert ("se podría decir que han construido poco, pero que han destruido mucho")<sup>4</sup>, o bien, una simpatía ciega, como la que inspira el aprismo a H. Kantor<sup>5</sup>.

A despecho de las dificultades que surgen del fenómeno y del estado de la documentación que nos vemos constreñidos a utilizar, el tema es de tal riqueza que bien puede sugerir una experiencia de sociología comparada, para la cual no haremos sino esbozar las grandes líneas. Seguir el hilo populista en cada país lleva a elaborar un esquema global de la sociedad. Contrariamente a lo que es corriente afirmar, tenemos la impresión de que en las investigaciones sobre la realidad social en América latina hay necesidad de obras en conjunto aún si fuesen provisionales. El libro de François Bourricaud<sup>6</sup> sobre el Perú es un ejemplo: pese a sus omisiones, ofrece una visión global de esa sociedad en un rápido y quizá brutal proceso de modernización y transformación. Después de más de veinte años de monografías de etnología, de antropología, de sociología y de ciencias políticas, un esfuerzo de síntesis se hace indispensable.

Partamos, por nuestra parte, de una hipótesis que consiste en admitir la existencia de afinidades entre esas entidades políticas, ya sea desde el punto de vista de su origen histórico, de las reglas de organización de los partidos, del comportamiento social, la articulación de intereses o incluso de la ideología. Sus características propias e intransmisibles —puesto que históricas— son precisamente las que conducen a establecer entre cada caso local relaciones de filiación, similitud o simplemente paralelismos. Admitamos entonces que se trata de una familia política, nítidamente diferenciada de las otras familias políticas tradicionales; del socialismo de inspiración europea, y del reciente castrismo, y a la cual nosotros preferimos llamar de preferencia populismos antes que nacionalismo o fascismo. La primera parte de este estudio está consagrado, pues, a una discusión de orden epistemológico. La última, en fin, a un ensayo de definición, que sustituirá a la noción ambigua de populismos por una noción más precisa.

---

<sup>4</sup> LAMBERT, J., *op. cit.*, p. 248

<sup>5</sup> KANTOR H.: *The ideology and program of the Peruvian Aprista Movement*, Berkeley, prensa de la Universidad de California, 1953

<sup>6</sup> BOURRICAUD, FRANÇOIS: *Pouvoir et société dans le Pérou contemporain*, París, A. Colin, 1967, p. 313

## EN BUSCA DE UNA DEFINICIÓN

Un problema de vocabulario se nos presenta desde un principio, que, en la confusión de palabras, nos revela la extrema dispersión y la pluralidad de puntos de vista sobre el fenómeno del populismo. Esta querrela de escuelas nos conduce, a través de una discusión terminológica que puede parecer vana, al corazón del problema: la naturaleza de estos movimientos, la búsqueda de una definición válida para el estudio de cada caso local en sus relaciones con el sistema político nacional y de la posibilidad de un estudio comparativo ulterior.

Desde los inicios rechazamos, por extremadamente ambiguos, nociones tales como "izquierda democrática", movimientos "populares nacionales" y "derecha fascisante". En estas definiciones dicotómicas ¿cuál es el término dominante?

La primera interpretación de populismos, la más simple la concibe en cuanto fenómenos aislados, nacionales, digamos específicos. El acento está puesto sobre la originalidad de cada caso: peronismo, aprismo, gaitanismo. El inconveniente de este acercamiento es de separar *a priori* la filiación de cada movimiento con los otros movimientos del continente.

Una tendencia, que implica un esfuerzo más serio de abstracción, lleva a incluir los populismos latinoamericanos en la noción de nacionalismo; así para J. Touchard<sup>7</sup> el peronismo es una consecuencia política del nacionalismo argentino. "Anti-americanismo", "justicialismo", "tercera posición" en política exterior, en suma, la aparición de un nacionalismo popular que "el peronismo favoreció poniendo el acento sobre el tema de la independencia económica". Así, pues, las condiciones previas del peronismo (efectos de la inmigración, aparición de la clase media, progreso industrial de 1939-1945, clima de prosperidad anterior a Perón) provocan la irrupción difusa de una ideología nacionalista, vivaz y específicamente argentina, que se transformará luego en peronismo.

Una tercera tendencia ve los populismos como fascismos. En ese sentido, el análisis más notable es el del sociólogo Gino Germani<sup>8</sup>. Se trata, antes que nada, de "totalitarismos". Esta característica es particularmente nítida en el caso del peronismo, que G. Germani estudia, pues este populismo, habiendo tomado el poder, pudo así "desenmascararse". G. Germani revela, en primer lugar, la presencia de elementos psicosociales comunes a todo totalitarismo: la identificación de la masa con el líder; el contacto directo, personal; la pseudo-participación necesaria para la adhesión; el sentimiento de prestigio social y jerárquico y de superioridad nacional y racial (lo que en el nacionalismo más

---

<sup>7</sup> TOUCHARD, JEAN: *Le nacionalisme argentin*, París, Asociación Francesa de Ciencia Política, 1962, multic. (Asociación Francesa de Ciencias Políticas. Tabla redonda, 25-26 de mayo de 1962). Estudio comparativo de los nacionalismos contemporáneos.

<sup>8</sup> GERMANI, G.: *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1962, pág. 266

arriba mencionado no será sino un elemento entre otros en la definición de Germani). Se trata, en segundo lugar, de regímenes de masas. En tercer lugar, el peronismo se diferencia, sin embargo, de sus primos fascistas de Europa en las consignas políticas a las que se adhería. Así, los temas europeos de "orden", de "disciplina", de "trabajo", se sustituyen por los de "justicia social", "derecho de trabajadores", y esto porque "aquí la realidad subyacente es otra". Este totalitarismo ha hallado, en definitiva, el apoyo de grandes sectores populares y no el de las clases medias superiores, sobre las cuales se afianzó el fascismo europeo. Es así como estos populismos aparecen como las "formas de transición hacia un régimen político de participación total". Ellos se asimilan, a fin de cuentas, en la idea de "sociedad en transición", de G. Germani.

Aquellos que insisten sobre el carácter nacionalista de estos movimientos sitúan sus análisis al nivel de la acción gubernamental y tienen en cuenta sus aspectos económicos. Es decir, que ellos se interesan en la praxis del Estado populista (¿qué llevaron o no a cabo Goulart o Perón en el poder?), definiendo la actitud, los fines, las tomas de decisión de justicialismos triunfantes, del estado nuevo, del aprismo y del M.N.R. al poder frente a las exigencias del desarrollo (reforma agraria, industrialización). Se trata, en suma, de definir el rol del Estado populista en la vida económica y social del país, sea como exaltación nacional, sea como dirigismo económico. Queda por averiguarse cómo el populismo accede al poder, cuál es la alianza o la combinación de clases que permiten este acceso, cuál es el lazo entre este Estado y su clientela, cuál es la coalición de fuerzas que, a fin de cuentas, lo destruirá.

Los que ponen el acento sobre el carácter fascista del populismo constatan la frecuencia de ciertos temas en el vocabulario populista: orden, sacrificio, disciplina, jerarquía, unidad nacional. Y si comparamos los estudios de François Bourricaud sobre el aprismo peruano y aquel de Gino Germani sobre el peronismo, la reiteración de una misma retórica política en contextos diferentes salta a los ojos: llamado a la colaboración entre cunas sociales en el estilo de *la patrie en danger*, la veneración exaltada a los jefes e intolerancia ideológica, clima de guerra social, desprecio hacia Europa, culto del "nativismo" en ideología y política (de la "argentinidad", del pasado inca). Hay que añadir, además, que durante los períodos de hegemonía populista esta "virtualidad" totalitaria se hizo "praxis": rechazo, el juego democrático, publicidad intensa de una mitología populista gracias a la utilización de medios de comunicación de masas.

Nos parece, por tanto, que estas dos maneras de abordar el fenómeno (nacionalismos, fascismos) no se oponen. En justeza, se complementan. La primera sitúa en lugar privilegiado el aspecto práctico, financiero, económico, del populismo; la segunda, a los aspectos morales, sociales e ideológicos para los unos, es el carácter efectivo de estos regímenes el que prima; para los otros, la legitimidad del caso populista; para éstos, el Estado y el ejercicio del

poder; para aquellos, el acceso al poder y la composición social y la articulación de los intereses detrás del poder mismo. Es por esto que ciertos autores tienen tendencia a combinar estos dos rasgos. Se habla entonces de "nacional-fascismo", de "colonial-fascismo"<sup>9</sup>, de "fascismo de izquierda"<sup>10</sup>.

En fin, más simple y más claramente, se puede cernir así el fenómeno; el "carisma" de los dirigentes, los organismos partidarios o bien los Estados populistas han logrado movilizar detrás de ellos las más vastas audiencias políticas del continente. La dimensión popular del fenómeno no es un rasgo más. Es, en nuestra opinión, el rasgo esencial.

Nos encontramos, entonces, delante de otro punto de partida. Sin descuidar los aspectos económicos e ideológicos del fenómeno, atribuimos un lugar privilegiado al hecho social a sus vastas audiencias. Esto nos lleva a una reconversión en la manera de tratar el tema. Sin duda, el rol del Estado, bajo Perón o Vargas, o el empleo de símbolos colectivos por un Haya o un Gaitán, son importantes. Pero, lo son, esta vez, en función del conocimiento que nosotros poseemos de la naturaleza y los tropismos de estas masas emergentes que utilizaron los populismos y gracias a los cuales, en suma, trastornaron la fisonomía política y social de cada uno de estos países, desde los años 1930 a nuestros días. He aquí a nuestro personaje; las masas, disponibles, nuevas, en cierto modo, "salvajes". El personaje nos interesa en relación con este Estado populista transitorio y los mecanismos que lo llevan a adherirse a determinados programas gubernamentales de desarrollo; y sobre todo, la aparición de formas de toma de conciencia política "vía populista" en los obreros, en las clases populares, "tomas de conciencia" donde se reencuentran con simultaneidad el sentimiento de su propio poder y la alianza de aquellas a los milagros peronistas, hayistas, getulistas.

La noción de populismo es utilizada por J. Lambert<sup>11</sup>, Weffort<sup>12</sup> y Di Tella<sup>13</sup>. En el primero, los populismos se caracterizan por su clientela heterogénea, pero donde predominan las capas urbanas, son marcadas por el prestigio de una personalidad; en su clasificación, J. Lambert los distingue de los partidos de izquierda de tipo europeo. Weffort ve en el populismo el resultado de la larga etapa de transformaciones por las cuales pasó la sociedad brasileña a partir de 1930. Di Tella pone el acento sobre el origen de los líderes descendientes de las capas medias, anti-statu-quo, en la base popular del populismo, sobre los programas fundados en las reivindicaciones sociales de

---

<sup>9</sup> JAGUARIBE, H.: *Brésil: Stabilité sociale par le colonial-fascisme?*, "Les Temps modernes", 257, oct. 1967, pp. 602-623.

<sup>10</sup> LAMBERT, J., *op cit.*, p. 292

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 246

<sup>12</sup> WEFFORT, FRANCISCO C.: *Le populisme dans la politique brésilienne*, "Les Temps modernes", 257, oct. 1967, pp. 624-649.

<sup>13</sup> DI TELLA, TORCUATO: *Populism and reform in Latin America*, pp. 47-74, en Veliz (Claudio), ed., *Obstacles to change in Latin America*, London, Oxford Prensa Universitaria, Oxford University Press, 1965

base, en su nacionalismo intenso, en el rol importante del jefe carismático. Lo que es común a los tres politistas es el interés dado a las "clientelas" populistas.

Ha habido un fascismo sin dimensión popular en América Latina, tal como el de los "integralistas" brasileños de Pinio Salgado, que el mismo Getulio Vargas debió contener al momento de su levantamiento, en 1937, disolviéndolos en seguida<sup>14</sup>. Hay nacionalismos que no desencadenan la euforia popular, como el que sostiene la alta sociedad chilena bajo diversos modos.

En resumen, esta noción de populismos recubre otras. Es la más operante cuando se la liga a la eficacia ideológica. Ya que el nacionalismo económico o los símbolos políticos que recuerdan al fascismo no toman sentido sino en el seno de fenómenos políticos de masa y cuando son ligados a amplios movimientos sociales que ellos suscitan y de los cuales reciben apoyo.

Pero, como cada uno sabe, el populismo no ha ganado sus títulos ideológicos de nobleza en el contexto latinoamericano ni en este siglo. A partir de sus temas principales, a saber: el rechazo de la civilización burguesa europea y la acción política en nombre de un pasado histórico específico, se presenta ya como un vasto movimiento de literatura y de pensamiento en la Rusia del XIX, que alcanza su apogeo hacia los años 1870 y con la obra de Mikhailowsky<sup>15</sup>. Es sorprendente encontrar los mismos temas en estos populismos separados en el tiempo y en el espacio, desarrollados en contextos históricos tan diferentes. No obstante, la semejanza existe. La irrupción del capitalismo en Rusia y la destrucción consecutiva de la vida comunal que provoca el horror de Uspenskij cuando éste lleva a cabo su encuesta en las aldeas rusas, entre 1877 a 1883, corresponde, en el marco americano, a la obra de los indigenistas. Un ejemplo entre muchos otros: Luis Valcárcel (*Tempestad en los Andes*, 1920). En los dos movimientos, la condenación de la servidumbre campesina se acompaña de la misma confianza en la virtud del pueblo. En uno de los casos, es la fe en el mujik; en el otro, en las virtudes dormidas del indio. Y si un populista ruso como Mikailowsky solicitó del Estado la protección del "mir" (colectividad agraria primitiva), los indigenistas se esforzaron por proteger a la comunidad indígena contra la expansión de la gran propiedad. Es así que escritores como Ciro Alegría, José María Arguedas, pertenecen a un gran ciclo literario americano indigenista-populista.

Pero no se trata de las correspondencias entre escuelas literarias. El descubrimiento de una estructura rural originaria por la intelligentsia rusa en el siglo XIX y por la intelligentsia latino-americana a comienzos del XX, los inclina a concebir sus "pasajes" al socialismo, basados en ese común espíritu agrario comunal. Así, Mikhailowsky, cuyo rechazo a la industrialización, sus polémicas

---

<sup>14</sup> VIEIRA, C.: *L'intégralisme brésilien. Un mouvement de type fasciste en Amérique du Sud*, París, 1967, 177 ff. dactyl (Memoria, Instituto de Ciencias Políticas, París, 1967).

<sup>15</sup> BILLINGTON, JAMES H.: *Mikhailovsky and Russian populism*, Oxford, Clarendon Press, 1958, XVI-218 p.

con los rusos liberales cuando se opuso a la introducción del capital privado en la campaña rusa, recuerdan la oposición de Haya de la Torre en el siglo XX, al "imperialismo yankee". Si en Rusia el anticolonialismo tomó la forma de un "esclavismo", en América, el antieuropeísmo se cubrirá de la fórmula "Indo-América".

En último lugar, la aparición del populismo es la señal de una crisis de conciencia en los Rusos cultivados, como lo indica J. Lothe<sup>16</sup>. En América Latina, ¿qué otra explicación que aquella podríamos ensayar frente a los "indigenistas" de los años 1900-1930? Tanto los "arielistas" —opositores a los Estados Unidos en nombre de una cierta civilización mediterráneo-europea con raíces españolas y francesas y prolongada en América Latina y, por tanto, opuesta al "mundo sajón"— como los estudiantes del movimiento de la "reforma universitaria" (1918-1930) van hacia el pueblo con el mismo candor, el mismo fervor, que sus primos populistas del siglo XIX en Rusia. Desde el punto de vista de una filosofía política el movimiento alcanzará su apogeo con la elaboración de edificios frágiles y complicados, como la tesis de "las etapas del desarrollo" de Mikhailowsky, o aquella del "espacio-tiempo-histórico" de Haya de la Torre. Las dos representan un esfuerzo por echar las bases de un movimiento autónomo en la teoría y en la práctica, de los de Europa. Y por oponerse al marxismo "doctrina europea", que es considerada como un obstáculo a la unidad y a la cohesión de esas supra-nacionalidades, concebidas por los rusos-eslavos como por los indo-americanos inseparables de la lucha política misma. Para Mikhailovsky y para Haya de la Torre, la revolución, fuera de Europa, se dobla en renacimiento de otras civilizaciones. Aquellas que fueron ahogadas y mutiladas durante la expansión mundial del comercio europeo y el capitalismo occidental. El tema está a la orden del día. De un lado, las experiencias de la revolución china y el marxismo asiático de Mao y la peculiar simbiosis entre modernidad e Islam en el Medio Oriente, señalan algunas de las posibles combinaciones entre lo universal (las revoluciones sociales) y lo particular (la especificidad local) y a lo que los populistas dieron máxima importancia, sobre todo, en la Rusia del XIX y en la América Latina de la primera mitad del XX.

## **LOS POPULISMOS Y EL PODER**

Nuestra perspectiva no se sitúa al nivel de la estructura, sino en el del comportamiento político de los partidos. No nos ocuparemos, pues, aquí del número de militantes o del tipo de organizaciones, esto es, de las relaciones específicas al interior de cada partido, particular (según la definición harto conocida de Duverger). Al contrario, nos proponemos intentar una comparación entre las relaciones significativas del populismo con la sociedad

---

<sup>16</sup> LOTHE, JEAN: *Gleb Ivanovic Uspenskij et le populisme russe*, Leiden, J. Brill, 1963, XVI, p. 20



nacional correspondiente. Estas relaciones van de lo que podríamos llamar la integración mediatizada del APRA en el sistema peruano, hasta el grado de rechazo total, como es el caso de los populismos de la orilla Atlántica.

Desde su génesis, el ciclo político se desarrolla como una ola regular que inunda diversos países. Notamos, en primer lugar, las significativas fechas de nacimiento. En efecto, estas fuerzas políticas emergen casi todas en la misma época: en torno a 1930. En el Brasil donde Getulio Vargas impondrá su "Estado novo"; en el Perú, donde los exiliados apristas, cuyos itinerarios se extienden de la Alemania nazi a la Rusia soviética, de las capitales europeas al México agrario, deciden al fin regresar y participar en las elecciones generales de 1931. La ola populista alcanza el Ecuador con la ascensión al poder de José María Velasco Ibarra, en 1934; un poco más tarde, en 1936, 1937, la Bolivia manifestará sus primeros síntomas populistas. Una excepción, la Argentina, donde encontramos un populismo (anticipado) en el Hipólito Irigoyen, de 1916 a 1930, fecha en la cual una intervención militar lo arrojara al poder. Pero en el "Irigoyismo" frustrado de la "década infame" (1930-1940), había el latido de lo que será en seguida, el peronismo. Estas fechas próximas, pues, nos sirven de referencia: ellas exhiben la huella visible de los profundos cambios económicos y sociales. Siendo menos visibles, sin embargo, los primeros. Sigamos la pista... ¿Pues, cómo se puede explicar la brutal *irrupción* populista en países tan diversos y por la misma época? Vale la pena señalar que no es abusivo el empleo de términos como *irrupción*, casi en el sentido que les dan los geólogos, para describir el efecto causado por la avalancha populista sobre los frágiles sistemas políticos nacionales. Hay una verdadera marejada social en esta América Latina de los años 1930.

Busquemos entonces, una importante causa *exógena* que nos permita desenredar este fenómeno de dimensiones continentales. A este nivel, es necesario un accidente de una envergadura tal que pueda afectar todos los países, y en cada uno de ellos, a la economía local, a las instituciones y a las categorías sociales, los grupos de intereses, el movimiento de ideas, las conciencias. Pues bien, no hay sino uno que abrace todos estos aspectos: el crack de Wall Street de 1929 y sus efectos sobre el conjunto de la América Latina. La Relación entre la coyuntura de 1930 y la crisis social y económica de los países latino-americanos se manifiesta en diversos planos de la realidad. Señalaremos aquí, los que están ligados con el nacimiento del populismo<sup>17</sup>.

La depresión brutal de la Economía en los EE.UU. se manifestará en el dominio del comercio exterior, como lo indica J. Neré en su pequeña obra

---

<sup>17</sup> No es inútil indicar aquí que no existe un estudio histórico o económico sobre los efectos "globales" de la ola de depresión mundial de los años 30 sobre las estructuras sociales de la América Latina. Y es una lástima. Porque si hay en la problemática americanista un estudio que invita a la historia total sugerida por Lucien Febvre, sin duda es ésta, que liga la crisis de 1929 a los acontecimientos posteriores a diversos niveles de la realidad social, en el vasto universo dependiente de la América Latina.

consagrada a las repercusiones mundiales de la crisis del 29<sup>18</sup>. Así, de 4,399 millones de dólares de importación, se cae a 1, 332 millones, en 1932. Los países agrícolas de América Latina, de África y Asia, serán seriamente afectados. Encontramos pistas en diversos países. En el Brasil, productor de café; para el cual Pierre Monbeig establece una correlación manifiesta entre crack americano y la ruina económica y social: "la cuota de café, en Santos, cae de \$3,05 el kilo a \$1,8, en menos de un año. Ella se prolonga con el ingreso al mercado de las cosechas de los años 1930-1931 y 1931-1932, cosechas que provienen de plantaciones hechas antes de la caída de la moneda y que estaban en plena producción. Numerosos *fazendeiros* huyen ante la imposibilidad de hacer frente a sus obligaciones. Los principales establecimientos bancarios fueron, de un día a otro, transformados en propiedades territoriales, bastante incomodados, por cierto, por esta riqueza ilusoria. La revolución de 1930, en gran parte apoyada por la clase de plantadores, jugando la política de la desesperación, lleva al poder a M. Getulio Vargas"<sup>19</sup>. El efecto se reproduce, de manera catastrófica, en Bolivia, donde el estaño constituye el 70 a 80 por 100 del monto total de exportaciones de este país, a su vez, el cuarto de la producción mundial por los años 1929. La amplitud de la crisis no ahorra tampoco al Perú que pese a la variedad de su producción primaria (plata, cobre, zinc, azúcar, algodón), no escapa a la depresión prolongada. Es así, que por el período 1926 a 1930, el país exporta por un valor de 110 millones. Pero, de 1931 a 1935, esa magnitud cae a 57 millones. Se abre un abismo de penurias, el cual se extenderá hasta después de la segunda guerra mundial, hasta los años 1946-1950, cuando la exportación retorna a los niveles anteriores a 1929. Se puede comprender cómo, durante ese lapso, los institutores no pagados, los servidores de un Estado en quiebra constante, los asalariados alcanzados por la devaluación de la moneda, los desocupados, incluso los pequeños agricultores (como aquellos de las comunidades indígenas de la sierra occidental ligados a algún tipo de circuito monetario nacional) terminan por reconocerse "apristas". Pero es necesario señalar el lento ascenso de estas clases medias en la segunda post-guerra, sus cambios de humor político, esta vez, más bien reformistas que revolucionarios, estrechamente ligados al rápido auge de los años 1950, por desembocar en los nuevos populismos, que, de acuerdo a los tiempos, ostentaban su carácter tecnocrático y un marcado optimismo social, como el del arquitecto Belaunde Terry (1963-1968)<sup>20</sup>.

Las ondas depresivas del crack resuenan también en los países como el Uruguay y la Argentina, que en la víspera de la crisis, equilibraban la influencia de los EE.UU. con la de Inglaterra. La segunda era todavía la más fuerte: 2,140 millones de dólares de capitales ingleses por 611 millones de capitales

---

<sup>18</sup> NERÉ, J.: *La crise de 1929*, París, A. Collin, 1968, p. 221

<sup>19</sup> MONBEIG, P.: *Pionniers et planteurs de Sao Paulo*, París. A. Collin, 1952, pp. 102-105

<sup>20</sup> BOURRICAUD, *op. cit.*, p. 203. Cf. igualmente, NEIRA, H.: *Le Pérou*, pp. 273-329, en "Tableau des partis politiques en Amérique du Sud", París, A. Collin, 1969

americanos en Argentina; 217 millones por 64 millones en Uruguay. Pero, como en el resto del continente, los Estados Unidos acaban por ser los principales compradores, vendedores, banqueros e inversionistas; y el dólar suplanta a la libra esterlina. La dependencia de América Latina frente al expansionismo yanqui se hace un hecho incontrovertible. Todo preparaba ya a esta dependencia: el aumento de inversiones americanas en el continente (1913: 1.242 millones de dólares; 1929: 5.581), la adquisición por empresas norteamericanas de títulos ingleses de propiedad en el continente, la apertura del canal de Panamá (1914) que une los puertos del Pacífico Sur con los focos industriales del Este Atlántico. En fin, por los años 1928, los Estados Unidos, con 571 millones de dólares de importaciones que provenían de la América del Sur y 581 millones de exportaciones, sobrepasa a Inglaterra (482 y 364 millones, respectivamente).

Pero lo que es para nosotros importante, no es tanto la evolución del mercado en América del Sur en relación con la coyuntura mundial, sino sus efectos sobre la "conciencia de los hombres". Los sudamericanos mantuvieron su lucidez frente a este gran cambio epocal de su historia. Pues bien, sí, lo hicieron. Un historiador de las ideas y de las creencias podrá reconstruir el itinerario de una serie de "anti-americanismos" como, por ejemplo, el de José Enrique Rodó, o el del conferencista Manuel Ugarte, de Alfredo Palacios, célebre socialista argentino, etc. El populismo acogerá, pues, una tradición cultural viviente; y será, a su tiempo, anti-imperialista.

Es posible resumir aquí los diversos modos como la coyuntura de 1929, se encuentra ligada al nacimiento del populismo. Señalamos, en primer lugar, la relación manifiesta entre la crisis económica local y la fecha de aparición populista. Parece ser que la regla general manda que el hecho económico haya precedido al hecho político. Así en Ecuador, hacia 1924 la crisis del cacao, que implica una reconversión de las plantaciones del país en otras culturas (entre las cuales está el plátano), conduce en el plano político, a una profunda crisis de la sociedad y del Estado, la cual abre el camino a Velasco Ibarra. Este consigue su primera victoria en 1934, diez años después de la primera convulsión económica. Algo semejante acaece en Bolivia y en Colombia, donde los populismos son más lentos para pasar del movimiento al orden. Al contrario, la reacción inmediata en el Brasil, donde Getulio Vargas cabalga sobre la crisis del café en 1929; en Argentina, donde el ejército pone fin a la experiencia de Irigoyen y donde, en la serie de huelgas obreras que explotan entre 1932 y 1943, se dibuja el advenimiento de Perón y de sus sindicatos. En el Perú, los empujes del populismo se manifiestan hacia los años 1919 y 1924, antes de la gran crisis; pero el aprismo de Haya de la Torre no llegará a conquistar esas vastas audiencias sino después de 1929, cuando los efectos del crack sobre la economía peruana permitieron la transformación del movimiento de agitación universitaria y sindical de 1919 y 1924 en un verdadero movimiento de masas.

La segunda constatación es de naturaleza psicológica. De esta crisis de los años 1930 nace un clima de inseguridad social, crónico en diversos países. Nos encontramos, esta vez, ante un caso de convergencia del hecho económico y del hecho político en una realidad nueva de tipo psico-social. De un lado, los efectos del crack de 1929 y la larga penuria que vino después del otro, la entrada brutal en la escena política de fuerzas colectivas que tienen jefes y programas diversos y que designamos aquí con el nombre genérico de populismos. Este clima de malestar generalizado condicionará en parte el futuro de estos movimientos. De un lado, les será propicio, cuando las capas de población afectadas por la inflación, los paros, las reconversiones agrícolas, en fin, la crisis del Estado y de la economía, se voltearán hacia los jefes providenciales, hacia un Haya, un Perón, un Vargas, cuando, en suma, esas clientelas desesperadas dieron al populismo un aporte masivo. ¿Es necesario subrayar cómo este origen, en época de dificultades, marca la ideología populista. ¿Cómo rozará ésta con la utopía y el mesianismo? ¿Cómo se explica así su tendencia al autoritarismo, a las soluciones totales? Pero, de otro lado, la crisis, que influye sobre la estructura social de esos movimientos los limita, en el sentido que el populismo no es un ataque de frente contra el sistema y debe contar con el acuerdo de una parte de los grupos ya preponderantes. Mas las clases dominantes, aquella "oligarquía" condenada por Haya, la "aristocracia bovina" que hizo frente al general Perón, la "rosca" de Paz Estenssoro, el "país oficial" que afronta Jorge Eliécer Gaitán, no están dispuestas a grandes innovaciones. La crisis económica, los golpes al tiempo que los populismos emergentes los amenazan en sus privilegios políticos. La respuesta no es ni el diálogo ni el juego político, sino la reacción y la guerra civil.

En fin, el Ejército y la Iglesia no son, en América Latina de la entre-guerra, las instituciones modernizantes de la actualidad. El movimiento pendular de las intervenciones militares salta a la vista; ya sea de derecha como de izquierda<sup>21</sup>. En ciertos casos, a favor de los populismos (Brasil, 1930; Ecuador, 1944; Bolivia, 1945) en otros, y es lo más frecuente, contra. En lo que concierne a la Iglesia, el ejemplo de México pesa sobre la mentalidad jerárquica: las insurrecciones populares son teñidas de anti-clericalismo en esta América del Sur, que fue una fuerza de conservación en el siglo XIX, al lado de los hombres fuertes: Moreno, los Rosas, los Porfirio Díaz. El Vaticano II está todavía lejos. En 1936 estalla en España una guerra en la cual el Partido de la "cruzada nacional" se granjea enormes simpatías en el clero latinoamericano, desde el punto de vista territorial, pero español e italiano de raza y convicción. Así los populismos no obtendrán la unanimidad en esas instituciones locales, con las cuales, sin embargo, les hubiera gustado contar.

---

<sup>21</sup> LAMBERT, J., *op.cit.*, p. 294

La tercera influencia que obrara, sobre el comportamiento político populista es el temperamento de sus cuadros. Ellos son los "duros" del período entre las dos guerras en América Latina, estos populismos, mucho más incluso que la serie de pequeños partidos comunistas aparecidos entre 1920 ó 1940. Las nuevas clientelas políticas sobre las cuales se apoyan los dirigentes y los aparatos populistas desconfían de la democracia liberal, que es considerada como un privilegio de minorías debilitadas por el doble efecto de las crisis económica y la irrupción de las masas en la política. Si los populistas van a las elecciones, es que aspiran a convertirse en seguida, una vez en el poder, en un partido único. Si ellas se insertan en el sistema, es para destruirlo. El gran cambio en esta actitud se va a realizar después de la segunda guerra mundial. En el caso del APRA peruana y de A.D. de Venezuela, esto es evidente.

Una cuarta influencia se dibuja en el plano de las creencias, de los mitos y de las ideas que circulan en el seno de la *intelligentsia* latino-americana.

La crítica europea de la crisis de Occidente hará escuela en estos hombres atormentados y las ideologías populistas serán un eco y una respuesta a esta sociología pesimista que llega a América. Se lee a A. Siegfied en su "*Crise de l'Europe*" (1935); Arturo Labriola, "*Le crépuscule de la civilisation*", 1936; se lee Ortega y Gasset, Mancim, Bauer, Sorokin, Maritain y, sobre todo, Spengler. Se cree firmemente en la "decadencia de Occidente". ¿Por qué no? ¿No es cierto que en Europa venía de explotar en su guerra civil de 1914-1918? ¿no es cierto que Rusia bolchevique pone en tela de juicio el hecho histórico mismo de Europa? Además, lo que se propone el surrealismo, entre otras corrientes de la postguerra o el fascismo, confirman, el uno como el otro, la imagen de una Europa convulsa, sin salvación.

Es necesario, por tanto, buscar una u otra cosa. ¿Pero qué? Se vuelve hacia el pasado, hacia los prodigiosos incas, a la recuperación de las civilizaciones antiguas, en México y Perú; y hacia la búsqueda de la "argentinidad" o del mito del "gaucho"... Los populismos propagaron esas obsesiones de su tiempo. En el caso del Perú, el nexos entre el indigenismo y el aprismo es manifiesto. El APRA hablará de una Indo-América por oposición a Hispano-América o Latino-América<sup>22</sup>, ambas, invenciones de las cancillerías europeas.

Nosotros hemos señalado entonces que un proceso de descolonización ideológica en relación con Europa, que una "*prise de distance*" frente a los modelos de pretendido valor universal, aparecieron en la América Latina de entre las dos guerras. Existe correlación entre esta "toma de conciencia política" bajo formas literarias (redescubrimiento del pasado histórico, búsqueda filosófica de la esencia nacional como en los grupos de filósofos fenomenológicos de México o en el ensayo latino-americano de J.C. Mariátegui a Ezequiel Martínez Estrada) y las corrientes políticas de carácter "nativista". El

---

<sup>22</sup> BOURRICAUD, F., *op.cit.*, p. 128

proceso se prolonga hasta nuestros días: novela latino-americana y doctrina cubana del socialismo.

¿Al lado de esta gran causa exógena, yuxtapuesta a ella y revelada con la crisis económica y social, no hay otras causas posibles más restringidas, más locales? Ciertamente, las hay, si se estudia país por país. Una guerra, en el caso de Bolivia o más exactamente una catástrofe nacional: la guerra contra el Paraguay, entre 1932 y 1933, cuando los dos países se disputan el territorio enorme, inhospitalario, húmedo, del Gran Chaco. La zona de las hostilidades no era propicia a los soldados bolivianos, resultados en las altas mesetas a más de 3,000 metros. Esto, junto con la impericia en la conducción de la guerra, provoca en las filas del cuerpo de jóvenes oficiales una "toma de conciencia" nacionalista. M.N.R. nacerá como un partido antiguos combatientes.

No hay otra causa así de neta en otros países. Pero convendría estudiar, por ejemplo, el rol de los inmigrantes o de los hijos de los inmigrantes, de origen europeo (italianos, españoles, europeos, centrales), en la Argentina después de 1880. En 1869, antes de la ola de inmigración, el país no contaba sino con dos millones de almas. Y no impunemente, de 1869 a 1940 penetrarán siete millones de inmigrantes; "la gringada" de las piezas de teatro costumbrista altera profundamente las estructuras sociales y culturales de la nación. Hay en Argentina un problema de población alógena, ligada al auge irigoyenista y peronista del siglo XX.

## **LA PRESENCIA POPULISTA**

He aquí el primer rasgo: la ruptura con el pasado. Cada populismo se representa como un hecho límite a partir del cual podemos hablar de un antes y un después. No es, por esto, una característica de grandes fenómenos sociales. En sus grandes líneas, podemos afirmar que los populismos tienden a quebrar o transformar el sistema heredado del siglo XIX. Ciertamente, no hay ruptura total, y podemos reencontrar los rasgos de caudillismo tradicional, en el culto dedicado a los jefes populistas. Además, los regímenes de un Vargas o un Perón aparecen preocupados por la democracia formal., a pesar de que se trata de regímenes verdaderamente autoritarios. Pero, en el fondo, los populismos ensayan cierta forma de Estado, otra manera de participación política, otras reglas de juego, otra amalgama de clases, interesadas esta vez, a un cierto desarrollo social y en los beneficios de un Estado paternalista, cuyos fundamentos sociales serán ensanchados gracias, de una parte, a la habilidad de los Césares populistas y de la otra, a la presión popular. Así, el sistema político que los populistas fundan, es absolutamente diferente al que encontraron en la época en que llegaron al poder.

Esto es neto, en el caso del Brasil. Todos los testimonios concuerdan en otorgar a Getulio Vargas el rol del sepulturero de la Primera República (1895-1930). El "getulismo" significa, de un lado, un Estado autoritario, y al mismo tiempo, abierto y popular, tendiente a favorecer y a incorporar a las capas sociales aparecidas desde los inicios del crecimiento urbano y el auge económico<sup>23</sup>. Del otro, un Estado nacional, ligado a la industrialización, apto para intervenir con decisión en el proceso económico social y el inicio de una verdadera interdependencia económica entre las diversas regiones brasileñas<sup>24</sup>.

Se pueden establecer distinciones muy netas entre el pasado prepopulista y la herencia que lega una administración populista, como es el de la Argentina anterior a 1945 y la Argentina de hoy; distinción más visible todavía para la Bolivia anterior a 1952 y aquella que acordó el voto para los iletrados y los campesinos. He aquí, pues, este elemento que es la participación política. Dado que enfocamos más lejos los cambios que intervinieron al nivel del Estado, preguntamos, en lo inmediato, qué ocurrió en este sentido en la Argentina post-peronista. De 1957 a 1965, es decir, durante todo el período que sigue a la caída de Perón, los diversos regímenes argentinos procedieron a las elecciones sin restablecer, por tanto, al peronismo en el conjunto de fuerzas legales. Sin embargo, directamente (1962-1965), el peronismo gana las elecciones. No solamente aparece como al fuerza política más estable, sino que acusa una cierta progresión<sup>25</sup>. Digamos brevemente, que Perón había adquirido una clientela irreductible, compuesta en su gran mayoría de obreros, que, entre 1946 y 1955, se habían beneficiado, gracias al Estado justicialista, de ventajas muy concretas. En el caso de Bolivia, es acaso necesario insistir en la profunda revolución que significa en las altas planicies la donación de tierras y del voto a los campesinos. En suma, allí donde los populistas han tenido el poder, el antiguo sistema político desaparece. Un estado fuerte se implanta, fundado sobre una forma de participación política que tiene a la manipulación de masas por los líderes populistas. Decimos bien, "que tienden": en 1964, en Brasil; en Bolivia, las administraciones populistas se declaran rebasadas por el dinamismo de las clases sociales que le han otorgado su apoyo.

Los populismos, sin embargo, no llegarán al unísono y por todas partes al poder. Allí donde eso fue imposible o allá donde residieron muy poco tiempo para lograr modificar la forma del Estado, la ruptura con el sistema político tradicional sin participación de las masas y sin "césares populares" no fue, por eso, menos evidente. Es el caso del rol jugado por el aprismo en el Perú contemporáneo. Durante el período pre-aprista (1895-1919), la vida política

---

<sup>23</sup> WEFFORT, F. C., *art. cit.*, p. 637

<sup>24</sup> FURTADO, C.: *De la République oligarchique à l'Etat militaire*, "Les Temps modernes", 257, oct. 1967, p. 580

<sup>25</sup> GRAILLOT, H.: *L'Argentine*, pp. 25-76, en "Tableau des partis politiques en Amérique du Sud", *op. cit.*

había sido el privilegio sin discusión de una minoría de notables organizados en clanes políticos, sobre la base de una democracia censitaria (constitución de 1860). Pero, con el APRA, las masas hacen su irrupción en 1923, y más claramente en 1931. La primera consecuencia de esto fue la muerte de los partidos o clanes políticos que, tales como el Partido Liberal, el partido Constitucional, el partido Civil, habían sido creados a fines del siglo XIX y no sobrevivirán en el siglo XX (por ello no hay en el Perú de estos días un partido conservador como en el caso de Chile o de Colombia). La segunda consecuencia es el alejamiento de los centros de decisión del Estado de aquella vieja clase dirigente, metamorfoseada, bajo la avalancha de masas apristas, en un círculo invisible de poder, en "una oligarquía". Prácticamente, entre 1931 y 1956, sólo existía el APRA y el anti-APRA. Ciertamente, los dirigentes apristas no logran abrirse un camino efectivo hacia el poder, por el cual luchan, pese a todo, durante treinta años. Pero es preciso añadir que las dictaduras sucesivas (1932, 1933-1939, 1948-1956) no llegan a desenraizar el aprismo, a la vez movimiento, partido, mística y religión popular. Después de 1956 surgen nuevos partidos<sup>26</sup>. Pero, quién negará que esta APRA fue la fundadora de un "sistema" de partidos peruanos. Sus reglas de organización son la fórmula madre de otras organizaciones posteriores, su programa inicial de 1931, la cartilla de modernización del país, aceptada luego por sus rivales, incluso por los militares "desarrollistas".

El Ecuador aparece como la imagen invertida del caso peruano donde, en otras palabras, es el ejemplo de lo que adviene cuando un populismo local no interrumpe, sino utiliza el sistema de partidos tradicionales. Es el caso de Velasco Ibarra. Una de las características más saltantes del Ecuador contemporáneo es la presencia de un sistema de partidos en apariencia coherente; un partido conservador, un partido liberal, un partido socialista. Cuando aparece Velasco, en 1933, esos partidos están ya en su lugar. Lo que no impedirá a Velasco apoyarse en unos y otros y llegar al poder, como conservador en 1933, como liberal y socializante en 1944, con fuerzas reclutadas en todas las tendencias políticas en 1952, 1960 y 1968. Pero Velasco no ha podido terminar normalmente sus mandatos. Es tan fácil para el jefe populista forzar el sistema de partidos como a éstos les es factible echarlo.

El caso, en fin, de Jorge Eliécer Gaitán, es típico de lo que adviene cuando un líder populista forja su propia clientela a despecho de la existencia de un sistema bipartito, en este caso conservador y liberal y de lo que ocurre cuando éste, el sistema, tiene a mantenerse en el poder pese al *leader*. La víspera de su muerte, Gaitán invocaba a su favor al pueblo, liberal o conservador, al cual llamaba "el país real" por oposición al país de "políticos". Despreciaba Gaitán "el país formal". Liberal de origen, gozaba entre las clases inferiores, aún en las de vocación política conservadora: un tiro pone fin a esta carrera política que ponía en discusión un sistema político más que

---

<sup>26</sup> Cf. NEIRA, H., *op. cit.*



centenario<sup>27</sup>. Lo que siguió fue la guerra civil, donde las secuelas todavía duran, en cierta medida: agitación y violencia en los campos colombianos.

En suma, el populismo no atraviesa siempre por una fase de poder estatal como en Argentina, Brasil y en Bolivia. No podemos, pues, estudiarlo como unido siempre a las metamorfosis del modelo de *Estado Nacional* que tiene a implantar. Cuando no son Estado, los populismos descubren otro rostro. Es el caso del Perú, Ecuador y de Colombia: en la lucha política que engendra su brusca aparición, en la serie de conflictos sociales que encienden a estos populismos en búsqueda de poder, ellos dan testimonio de la ruptura entre la comunidad y el Estado, entre las masas aparecidas en la primera post-guerra y el aparato de Estado reinante, sorprendido por la marea imprevista de las masas en jaque a la civilización urbana y a sus privilegios.

---

<sup>27</sup> Cf. GARCÍA, A.: *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*, Bogotá, 1955, p. 348

## ACCESO AL PODER

Tomemos la noción de poder en su sentido más restringido de autoridad, aplicado al cuerpo constituido de Gobierno que ejerce legalmente esa autoridad. Recordemos que dentro de un sentido más amplio, el de la capacidad de obrar y de influir, los populismos son los partidos predominantes, gracias a sus clientelas electorales, a su fuerza obrera, a su estilo y programa "con el cual se identifica la mayoría de la nación". Pero no nos inquietemos aquí por comprender cómo el aparato del Estado hubo de ser dominado por estos grupos políticos y sus dirigentes.

La primera interrogación concierne a los medios de acceso al poder de estos populismos.

¿Cuáles son, pues, las armas de combate que distinguen a los populismos? ¿Son un movimiento de rechazo o de integración al sistema?

He aquí el primer rasgo: la predominancia de métodos ilegales. Se diría que en la estrategia populista todos los medios son admitidos. Por ejemplo, un régimen que se implanta por quince años en el Brasil, como el de Getulio Vargas, nace de un golpe de Estado militar clásico. En efecto, Vargas, presidente del Estado de Río Grande del Sur, recibe el poder de manos de una junta militar que se opone a las elecciones, que ha disuelto el parlamento y casi desencadena una guerra entre los estados brasileños. Lo mismo, Velasco Ibarra utiliza todos los medios posibles: intrigas parlamentarias en 1933 (la Cámara declara la presidencia vacante, en su provecho); golpe militar en 1944; llamado a las urnas en 1952, 1960, 1968. En la ascensión de Perón al poder, entre junio de 1943 y febrero de 1945, se puede ver sucesivamente un golpe de Estado, una conspiración de palacio, una revuelta popular y un plebiscito electoral de los "descamisados". El APRA peruana lo intenta, sea por las vías insurreccionales, sea por las vías electorales, entre 1931 y 1946. Elecciones de 1931 y 1945 y más tarde en 1932, 1934, 1936. La vía insurreccional es utilizada en 1932, 1934, 1936, al parecer bajo impulsos espontáneos de las masas apriatas; pero el aparato lo intenta en 1948; sufre un fracaso (3 de octubre, levantamiento en el puerto del Callao). El M.N.R. boliviano conoce una suerte mejor. Consagrando a un apoyo "cortesano" de regímenes como los de Busch (1936), Toro (1937) y Villaruel (1946) se compromete a un enfrentamiento armado en las calles de La Paz en 1952. El único caso de ataque frontal populista hacia la conquista del poder que haya tenido éxito.

Hemos constatado los orígenes bastardos del populismo. Pero nos falta añadir esto: notaremos de ahora en adelante, en la utilización del aparato del Estado. Una tendencia a permanecer en el poder gracias a las elecciones. Es decir, que el putsch populista está apuntalado por los plebiscitos.

El peronismo, por ejemplo. Ciertamente, el Secretario de Trabajo de 1943 y la adhesión sindical que la sigue es la fuente de la popularidad de Perón. Pero las elecciones de 1946 y la de 1951 le confirman el poder de una manera "legal".

Es el mismo caso de Vargas cuando triunfa en las elecciones de 1950 con una mayoría aplastante. Y todavía, el M.N.R. en Bolivia; éste no puede, evidentemente, ser derrotado electoralmente en un país donde ha sido otorgado el voto a los campesinos e iletrados a quienes se encuadra en el seno de "sindicatos rurales" y de "comandos" del partido dominante. De 1952 a 1968, la lucha política en Bolivia se circunscribe a fracciones del populismo predominante más la fracción ortodoxa de Paz Estenssoro, fracción del ejército de Barrientos y Ovando, fracción sindical de Lechín. En suma, el sistema populista conduce a la victoria electoral perpetua del populismo. Ningún régimen populista ha sido vencido en las urnas. Sólo el ejército ha podido expulsarlo del poder. Sean conscientes o no, los populismos en el poder toman como modelos al partido revolucionario institucional (PRI) de México.

Digamos, en fin, que la técnica del golpe de Estado populista en América (algo así como un capítulo que faltará en la obra de Curzio Malaparte) evita el ataque frontal al poder. Más aún, *le coup de force* se realiza al interior del sistema: así, el presidente de un Estado en rebelión, como Vargas en 1930, un joven coronel que participa del poder después de 1943, como Perón en la Argentina, un representante parlamentario, como Velasco Ibarra en 1933, un "notable" político como Gaitán en 1948 (había sido Alcalde de Bogotá en 1938 y era jefe del "liberalismo" en el momento de su muerte). Aún Paz Estenssoro aparece como ministro bajo el gobierno de Villarroel en 1946. Solo, Haya de la Torre emprende desde 1931 la tarea de tomar por asalto el poder. Es por esto, quizá, que no obtiene ningún cargo público: no es el alcalde, ni diputado, ni miembro de un ministerio cualquiera, aunque haya sido el jefe del Partido más poderoso en el Perú. La excepción confirma la regla. En estrategias políticas, estos hombres se insertan bajo las formas de "*camouflage*", estableciendo así una correlación entre la estrategia política y el estado de desarrollo de estas sociedades en mutación, donde nada se puede hacer sin las masas, pero donde todo se puede hacer con ellas.

## **LOS MECANISMOS**

### ***Clientelas y puestos de mando***

No olvidemos que el populismo es, antes que todo, una movilización sin precedente. Las masas son el personaje político que estos movimientos instalan de grado o de fuerza en los sistemas políticos que parecen funcionar sin ellas. El jefe populista y su multitud son precedidos de un período de democracia restringida, de un juego político limitado a un número reducido de partidos, todo esto antes de ser abordado e interrumpido por la avalancha populista. El apogeo populista será el de las multitudes: las masas apristas, peronistas, getulistas, velasquistas, la era de los grandes *meetings*, la

ocupación triunfal de la plaza pública, de la calle; el punto de partida de un cesarismo sostenido por una estructura sindical de masas<sup>28</sup>.

El tema de los asentamientos populares del populismo presenta por lo menos tres aspectos interesantes a estudiar. En primer lugar, la originalidad de la estrategia populista, basada sobre la "masificación" a ultranza de la política, en relación a otros grupos políticos concurrentes; luego, la composición social de esas clientelas; en fin, el nexo particular que se establece entre estas clientelas y los jefes, los aparatos y los Estados populistas.

Admitamos, pues, que los jefes populistas fueron los primeros en utilizar para su provecho el potencial político de las masas. Hay como un descubrimiento del "pueblo" en el despegue populista. Así, todos los testimonios coinciden en el rol que jugó en la carrera de Perón el Secretario de trabajo y la previsión social, después de 1944. El joven coronel, que había partido ligado a una junta militar de la época, habría podido dirigir otro ministerio y ese secretariado de su invención. El lazo que une esta decisión preliminar y los acontecimientos posteriores aparecen bien claramente. Nos limitaremos a recordar que se trata de problemas de obra. Perón ejerce presión sobre los patronos, les dicta medidas favorables a los obreros (convenciones colectivas, primas o mes suplementario cada año); su acción se extiende a los trabajadores rurales (estatuto del obrero agrícola). Estas mejoras no conducen, ciertamente, a un cambio de la condición obrera argentina, pero ellas valen al coronel una popularidad inmensa. Su estrategia está orientada hacia los focos industriales del gran Buenos Aires y del interior, donde según Belloni, el dirigente obrero, "vive un ejército de trabajadores sin complicidad con los partidos de izquierda". Con esta población de arrabales, llena la Plaza de Mayo, el 7 de Octubre de 1945, el día de la apoteosis peronista. Perón es liberado de una prisión militar donde le condujeron los celos de sus colegas y el exceso de poder que comenzaba a retener, gracias a su política obrera. Salvado por los obreros y la gente de las afueras, los mismos "cabecitas negras" lo plebiscitan un poco más tarde en las elecciones. Es así como nació un César populista.

Hemos descrito sumariamente hasta aquí, la ascensión al poder de Perón. Parece, a primera vista, que este caso se explica por causas locales, específicas, históricas intransferibles. Pero vamos a plantear una hipótesis: el caso peronista nos parece un "arquetipo". Con ligeras variantes, lo reencontramos en otros casos de populismo en América Latina. Y sobre todo, en la misma búsqueda de clientelas, como en el caso de Haya de la Torre, Velasco Ibarra, Paz Estenssoro y Gaitán, quienes tienen en común que han presentado la presencia de ciertas masas extrañas a sus intereses, a los programas, a la autoridad de los partidos políticos locales. No deja de tener interés el señalar que el aprismo, en el Perú de 1919 a 1931, es decir, en época de formación,

---

<sup>28</sup> DI TELLA, TORCUATO, y al., HUACHIPATO et LOTA: *Etude sur la conscience ouvrière dans deux entreprises chiliennes*, París, C. N. R. S., 1966

tiene la habilidad de reclutar a sus adherentes no sólo en las categorías sociales ya tocadas por otros partidos, sino en ciertas capas alejadas de toda propaganda política: obreros agrícolas de las plantaciones de caña de azúcar del norte, estudiantes motivados por la reforma universitaria de 1918 y obreros textiles de Lima, artesanos y comunidades indígenas. Su popularidad en 1931 es el resultado de esta estrategia de "tierras vírgenes". El mismo fenómeno en el M.N.R.: las clientelas campesinas que escapan al juego político hasta 1952; la captación de esas masas nuevas en Brasil se efectúa desde el poder por Vargas<sup>29</sup>.

En resumen, los Césares populistas habrían utilizado en su provecho la existencia de masas en estado de *disponibilidad política*. La idea es del profesor Gino Germani en su análisis del peronismo. No es por azar que la creemos válida para otros casos además del peronismo. Queda, sin embargo, por explicar por qué estos líderes y no otros, presintieron y utilizaron esas masas (por ejemplo, por qué no los partidos comunistas en el período de las entre-guerras), por qué esas masas se unieron a los nuevos jefes surgidos entre 1930 y 1960 y por qué, en fin, esta "alianza tácita de clases" en el poder se marchita en nuestros días.

El conocimiento de la composición social de estas clientelas nos da alguna luz. Sabemos, en bloque, que ellas no se componen de los sectores mejor instalados, o los más integrados económica y políticamente a cada sistema. Pero ¿cuál es su composición? Los obreros, los artesanos, los desocupados parciales, los marginales, los campesinos, los *white collar*. Las informaciones sobre esta materia son pobres. Para la Argentina, J. Romero cree que las bases populares del peronismo están compuestas de lo que se llama el "lumpen proletariado"<sup>30</sup>. Frondizi y Ramos estiman que se trata de un "proletariado de Río de la Plata". Evitemos los observadores apasionados que hablan de "aluvión zoológico", de "detritus social", etc. La misma ambigüedad reina en el caso de Vargas. Se tratará, según F. C. Weffort, de masas urbanas populares, incrementadas bajo el doble efecto de la urbanización y la industrialización del Brasil. Pero estudios más detallados serían necesarios. La presencia populista implica forzosamente la movilización de esas masas marginales.

El segundo elemento comprende los jefes de fila que dirigen los movimientos, o al menos, se ingenian para hacerlo. Hemos hecho mención de los jefes populistas: Vargas, Haya, Perón, Paz Estenssoro, Velasco Ibarra, Gaitán. La conducta populista refuerza el carácter de personalización de la vida política que señala J. Lambert para la América Latina. Si ellos acceden al poder, los regímenes populistas serán presidencialistas. Se podrían descubrir rasgos de caudillo tradicional, de paternalismo ante las masas y cierto sentido "elitista" de

---

<sup>29</sup> Cf. NEIRA, H., *op. cit.*, y WEFFORT, F. C., *art. cit.*

<sup>30</sup> ROMERO, J. L.: *Las ideas políticas en la Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p.269

la política y de la historia. Pero lo que importa sobre todo es retener el rasgo siguiente: se trata de fundadores de "entidades" políticas. En el caso de Haya, de un partido que probablemente sobrevivirá a la desaparición de su jefatura. Con Perón y Vargas, se trata más bien de modelos de Estado nacional; con Velasco Ubarra y Gaitán, de corrientes de opinión. Hay un gaitanismo difuso en la vida política colombiana que afectó al mismo padre Camilo Torres.

¿Qué es lo que une a los líderes con las masas? Señalemos la fascinación de éstas por los Césares populistas. Es indispensable apelar a Weber: "el carisma", el establecimiento de una comunicación directa y misteriosa entre las multitudes y los jefes. Señalemos más modestamente otros rasgos que explican este ascendiente. En primer lugar, estos jefes son casi todos grandes oradores, lo cual tiene una importancia decisiva en los países donde la lucha política asigna un rol de primer plano a las manifestaciones públicas, en los países donde los hábitos mentales inclinan a preferir el programa transmitido casi directamente por el orador al público, al que llega por los medios anónimos de comunicación de masas. En segundo lugar, el *leader* se presenta como un héroe, o al menos, el sistema clásico al que ataca, le obliga a jugar ese rol: clandestinidad, exilio, prisión. No hay carrera de *leader* sin un viento de pasiones controvertibles en América. Digamos, en fin, que Weffort en Brasil y Germani en la Argentina han indicado un proceso de transferencia del prestigio del *leader* providencial hacia el Estado populista.

Pero ni las masas ni sus jefes explican, ellos solos, el populismo. Existen peldaños intermedios de comunicación. Los mediadores entre el "carisma" jefatural y la masa amorfa. Uno de ellos, el más cercano a la cima social, es el "círculo interno" de poder. En el caso del peronismo, predominan los militares (al menos el "grupo de oficiales unidos" en sus comienzos), los jefes sindicales como los dirigentes ubicados en altos puestos de la C.G.T. entre 1946 y 1955 (Vuletich, Di Pietro) y los industriales. En el Brasil, los tenientes se comprobaron muy activos detrás de Vargas; también el grupo de militares rescatados del desastre del Chaco en el M.N.R. boliviano. Pero el populismo andino, el del APRA y el de Bolivia, se abrirá de preferencia a los intelectuales: antiguos dirigentes universitarios, profesores, en fin, una pequeña burguesía ejerciendo una profesión. El APRA es el caso extremo: su ruptura con el ejército en 1932, le impide reclutar los militares para altos cargos en su círculo interno partidario. De allí, quizá provenga el hecho de que no llegara nunca al poder. En fin, ni Velasco ni Gaitán logran organizar un grupo parecido. Es por esto que puede deducirse con todo rigor, que no hubo *partido* populista en estos dos países.

## LA ARTICULACIÓN DE LOS INTERESES

Parece que los obreros constituyen un grupo ligado al auge populista<sup>31</sup>. Payne ha demostrado<sup>32</sup> la correlación entre el desarrollo del movimiento obrero y los periodos de la democracia bajo el auspicio aprista (1943-1949 y 1956-1962). La legislación social bajo Vargas, la reglamentación de ésta por un estado paternalista arrastra a una dependencia ante el movimiento obrero o funcionario, presidente, gobernador, diputado capaz de otorgar un aumento de salario u otras ventajas.

En Argentina, bajo Perón, la C.G.T. pasa de 300.000 a cinco millones de adherentes; deja de ser una central autónoma de obreros para convertirse en una rama sindical de peronismo al poder. En Chile, al contrario, la FOCH (federación obrera de Chile) rehusa su sostén a Arturo Alessandri, el que ha tomado, sin embargo, el poder en 1920, con el apoyo de los estudiantes y las capas populares en un típico "síndrome" populista.

La "conciencia popular chilena" según A. Touraine<sup>33</sup>, madura desde 1907, en las huelgas masivas de las "asociaciones" del norte minero. Así, en este país, "la tentativa para instaurar un sindicalismo legalista" bajo la protección del Estado, tentativa semejante a la de Vargas en el Brasil o la de Perón en la Argentina, no tiene éxito. En la misma obra (p. 244), Alain Touraine presenta un airoso cuadro que muestra las correlaciones entre los "movimientos nacionales-populares" y el movimiento obrero. Pero, en otra ocasión, el mismo A. Touraine señala como un rasgo general en los países de rápida industrialización de la América Latina (Chile, Brasil, Argentina), el hecho de la adaptación de una aristocracia mera a un tipo de Estado que guarda toda iniciativa concerniente a la legislación y la política sindical y, por lo tanto, el fenómeno de la transformación del sindicalismo autónomo en una burocracia poderosa bajo la égida del Estado.

El nexos en otras clases no es tan claro. Los industriales, por ejemplo, para quienes parecía estar hecho el proyecto de desarrollo populista, recibieron a Perón sin calor, a pesar de que en seguida supieron sacar partido del "orden justicialista": planes quinquenales, otorgamiento de créditos, formación de sociedades mixtas... En el Perú, en el mismo sector social, no simpatizará jamás con un proceso de industrialización realizado bajo la conducción de un Estado aprista y hacia 1956, cuando nacen nuevas corrientes políticas más tecnocratizantes y menos mesiánicas, que no tienen la carga ideológica que lleva el APRA —ese producto ideológico de los años 1930—, los industriales las

---

<sup>31</sup> *Ouvriers et syndicats d'Amérique Latine*, "Sociologie du travail", 4, 1961, p. 113 (número especial).

<sup>32</sup> PAYNE, J. L.: *Labor and politics in Peru*, New Haven. London, Yale University Press, 1965, pp. 33-35

<sup>33</sup> *Op. cit.*, nota 28, p. 240

prefieren abiertamente. Así el apoyo dado al arquitecto Belaunde y a su movimiento de "Acción Popular" por 1962 y 1963.

La clase media, contrariamente a lo que sería normal suponer, no es unánime en la aceptación del populismo. Según Furtado, las clases medias se revelaron activas en el Brasil, durante el periodo pre-Vargas (1898-1930). La irrupción de las capas populares con Vargas, disminuye la importancia de las capas medias establecidas en un país, donde, además, el peso social de éstas es débil. En Argentina, la hostilidad de los universitarios podría ser considerada como una forma de resistencia en las clases medias educadas frente a las capas "marginales" más bien que como prueba de una aversión ideológica. Puede ser que los populismos andinos privados de apoyo sólido en el muñón de burguesía industrial local, situarán a la cabeza de los populismos locales gente de clase media. El APRA insiste, desde sus comienzos, sobre el rol revolucionario de las clases medias. Hombres de profesiones liberales y militares componen el M.N.R. antes de 1952. El fondo del problema consiste quizá en saber si las clases medias son favorecidas o no bajo el populismo por formas de redistribución de las rentas y el poder.

La hostilidad, en fin, de los EE.UU. a los proyectos populistas en el continente es notoria. Ella se manifiesta contra el APRA (especie de antecedente de la OLAS por los años 1930) y contra el PAP, filial peruana del APRA en el Perú (Partido Aprista Peruano). Hasta que el aprismo reconoce "como suprema concesión" para llegar al poder en 1945 y 1962, la necesidad de los capitales extranjeros en el desarrollo del país. La hostilidad contra Perón lo acompaña desde su llegada al poder hasta su caída; en 1946, es el libro azul del Embajador Braden, probando los lazos de Perón con las potencias del Eje. Recordemos el descontento de la diplomacia yanqui frente al aislamiento argentino (conferencia de Río y de Bogotá); recordemos también el anti-americanismo declarado de Perón... Se sabe que la constitución brasileña de 1937 preveía la nacionalización de las minas y las fuentes de energía. Vargas fue hostil al capital americano. Su testamento político, cuando se da muerte en 1954, es una acusación de la injerencia en los asuntos internos del país. Un anti-americanismo oficial será la norma en el Brasil.



## LOS FINES

El fin supremo del populismo no es, ciertamente, el que anuncian sus *slogans*. No es ni el desarrollo económico nacional, tema querido en Brasil y en la Argentina, ni la justicia social, ni la redención del indígena (tema de choque del aprismo y del M.N.R.), ni el final de un régimen de "políticos" como en Ecuador o en la Colombia soñada por Gaitán. Si se establece una jerarquía entre sus fines, aún el desarrollo y el progreso social se definen en función a un valor decisivo: el reforzamiento de la soberanía nacional. En este sentido J. Touchard tiene razón cuando se ve al peronismo como un nacionalismo en el Tercer Mundo<sup>34</sup>.

Los populismos vehiculan una cierta actitud delante del desarrollo. Pero no es esto lo esencial. Son antes que nada una voluntad de poder y aún como movimiento o un partido, un estado de ánimo. Pero y en revancha, ostentan una "teoría de Estado" o la que se orienta hacia la sujeción de ese mismo aparato de Estado y a su modificación, en servicio de la supervivencia ante la doble amenaza de los cambios sociales internos o la de agresión económica que viene de fuera. Es por esa razón que nos detenemos en el Perú, Brasil y Argentina, donde independientemente de la suerte de cada uno de estos populismos en su marcha hacia el poder, se manifiesta una teoría del poder político que se puede calificar de populista.

Citamos, primeramente, un texto de Haya escrito en 1928: "El APRA en cuanto partido de frente único nacional indo-americano, se distingue de todos los otros partidos de izquierda existentes en nuestras veinte repúblicas, en cuanto a sus fines y en cuanto a su organización. Recordemos que ningún partido, sin exceptuar los partidos comunistas y socialistas, no han constituido hasta ahora, como objetivo principal la lucha anti-imperialista"<sup>35</sup>.

Este texto tiene un valor primordial: la idea del Estado anti-imperialista está implícita. En efecto, en las cinco tesis fundamentales de México (1924), en las reuniones de Bruselas con otros socialistas, Haya, siguiendo en esto a J. A. Hobson<sup>36</sup>, denuncia el fenómeno de dominación económica más allá de las masas, es decir el imperialismo y en particular, el imperialismo yanqui, como el más grande de los males para la América Latina. No nos interesaremos acá en las divergencias con los comunistas en la apreciación de este fenómeno (primera etapa del capitalismo y no última, en lo que lleva una rectificación a Lenin en lo que concierne al continente latinoamericano), sino por la idea madre de una Norteamérica al acecho, corroborada por la propia experiencia juvenil de Haya de la Torre en el norte del Perú, donde los grandes propietarios territoriales criollos habían sido desplazados por las empresas extranjeras

---

<sup>34</sup> *Op. cit.*, nota 7

<sup>35</sup> HAYA DE LA TORRE, V. R.: *El anti-imperialismo y el APRA*, 2ª ed., Santiago de Chile, 1936, p.250

<sup>36</sup> HOBSON, J.A.: *Imperialism and essay*, London, 1902.

anglo-americanas; esta experiencia se cristalizará en la noción del "Estado Aprista" o "Estado anti-imperialista". En 1932, en el curso de un debate en las cámaras, el número dos del APRA, Manuel Seoane, puede admitir públicamente que el APRA, "en tanto que frente único de las clases oprimidas" se propone, "la toma del poder para edificar un Estado de defensa frente al gran capitalismo imperialista". La noción del Estado-Aprista atravesará fases sucesivas: Estado-escuela, donde se educará el pueblo en la democracia social; Estado de tres clases unificadas (una idea extraída del Kuo-ming-tang chino: campesinos, clase media y obreros); Estado resistente al capitalismo o un Estado de tipo nuevo: de transición hacia el socialismo de Estado. El APRA, en el futuro, aseguraría la unidad de América Latina, compuesta ésta por estados apristas<sup>37</sup>.

En suma, del proyecto de un Estado "parachoque" concebido por Haya de la Torre para dejar pasar la acción estimulante del capital extranjero sin que por ello, se siguiera sus intereses en el dominio político y social, se puede decir que fue experimentado en Brasil entre 1930 y 1964. El "Estado Novo" con sus reformas jurídicas, la presencia de una burguesía industrial, la política social de Vargas, arroja las bases de un Estado "desarrollista" posterior a 1945<sup>38</sup>. "Ha habido en Brasil una alianza de clases entre la burguesía nacional, las clases medias, las clases obreras, los obreros, una alianza para el desarrollo, donde estuvieron excluidos las masas campesinas, dominada por los grandes propietarios de tierra y los "caciques" rurales, como los sectores marginales urbanos. También las empresas privadas aceptaban el desarrollo de la política de base, inclusive bajo la iniciativa extranjera<sup>39</sup>. Pero el "modelo de desarrollo nacional" se demuestra incapaz de contener la penetración del capítulo extranjero bajo la forma de préstamos (después de la segunda guerra) o de inversiones directas. El capital americano pasa de 21 por 100 en 1930 (53 por 100 inglés hacia esta época) a 55 por 100 en 1964. Luego, el gobierno de Castello Branco ha abierto las puertas a un proceso de "japonización" del desarrollo, 600 sociedades yanquis nuevas son implantadas en los últimos años. Hay una colonización del sector industrial brasileño.

¿Qué sucederá si el sector industrial resiste la vía populista hacia el progreso? En el caso del Estado justicialista no parece que Perón haya tenido mucho éxito ante los sectores industriales de su país, a pesar de que intentó una política en su beneficio. Pero reencontramos aquí, y a un grado muy elevado, la preocupación de poner al estado al servicio de cierta idea de la nación argentina.

En resumen, frente a Europa en crisis, frente a la crisis económica, los populismos se presentan como una teología y una teoría de Estado a la defensiva. Su comportamiento excesivo no debe hacernos olvidar que se trata de una reacción endógena a hechos exógenos de una importancia capital, tal como el reemplazo de Inglaterra por los EE. UU. en la vida económica de la

---

<sup>37</sup> HAYA DE LA TORRE, V.R.: *op. cit.*, p. 124

<sup>38</sup> FURTADO, C., *art. cit.*

<sup>39</sup> WEFFORT, C., *art. cit.*

América del Sur, o el crack de 1929, la revolución rusa, la revolución mexicana, la aparición del fascismo, la crisis de la democracia liberal, etc. Edificar un estado al margen de la crisis del capitalismo internacional es el sueño del "Estado Aprista" de Haya, de la "autarquía" de Perón o el "desarrollismo autónomo" de Vargas. Hay en ellos, en fin, una tendencia a rechazar toda tutoría, ya sea económica, política, cultural o ideológica. Esta toma de conciencia de la esencia de la América Latina a través del populismo se nos presenta prematuramente como precursora de los movimientos actuales de oposición a la hegemonía americana sobre el continente. "La unidad de América Latina", "el peligro yanqui", la "lucha por la segunda independencia" son las ideas introducidas por estos movimientos, a despecho de sus remordimientos ulteriores.

Pero hay más todavía. Estos populismos se propusieron, entre sus fines supremos, la instauración de una legitimidad nueva. Sabemos que, por definición, la legitimidad política no está sometida a duda alguna, puesto que si ella fuese rechazada por una fracción importante de la colectividad, deja entonces de ser lo sagrado, el "absoluto mítico". En el caso de la América Latina, la legitimidad es la República. J. Lambert ha señalado el apego de este continente a la democracia representativa, del comienzo del siglo XIX a nuestros días. Pero el "*consensus*" más o menos electoralista se ha divorciado en el periodo entre las dos guerras, de las formas tradicionales de gobierno representativo. Los populismos han aprovechado ese cambio de humor. Hoy si el "*consensus*" se establece, no es sobre los principios legales, sino sobre los proyectos de solución, inmediatos, pragmáticos, de cara a una serie de exigencias sociales. En efecto, la modernización de estos países plantea a las clases dirigentes toda una serie de problemas por resolver: la reforma agraria, la industrialización, la distribución de las rentas, la independencia económica y política. Pero los fraudes electorales sucesivos, la serie de golpes de Estado, la impotencia de los líderes reformistas para conseguir la admisión de sus programas dominantes y la necesidad de algunos sacrificios estratégicos, tiende a orientar cada vez más el "*consensus*" hacia formas autoritarias y eficaces de poder. Los populismos fueron, pues, una tentativa destinada a instaurar una legitimidad basada en el plebiscito constante del pueblo a favor del jefe nacional. Su régimen puede ser calificada de "cesarismo". Y si ellos no lograron establecer un nuevo principio de legitimidad, revelaron, en cambio, que el régimen anterior estaba herido de muerte. Hoy día, un nuevo gobierno militar o un nuevo grupo de poder poco se le discute por la pureza de sus orígenes y menos aún el modelo colectivo de la vida hacia la cual se orienta. Lo importante es dejar la situación actual, arrancar, "despegar". En suma, los populismos han utilizado la democracia sufragista para arruinarlo. En este sentido, las juntas militares actuales han acogido su herencia y las eventuales "democracias" directas a la manera cubana son todas herederas de una crisis general de la legitimidad en el Continente.

Hemos llegado al punto donde debemos abandonar la comparación de los rasgos comunes de los diversos populismos, en beneficio de una explicación y de una imagen de conjunto que podrían, a su turno, servir de hipótesis de trabajo para el estudio de otros casos de populismo en el continente. Vamos a proponer tres explicaciones al fenómeno continental que hasta ahora hemos descrito.

I. En primer instante, se les puede ver como una resultante de la brusca ascensión de las masas a la vida política. El tipo de reclutamiento, la manipulación de las clientelas, el pathos y praxis populista parecen ligadas a los cambios demográficos, económicos y políticos recientes en la población de estos países, a un vasto proceso de crecimiento del sector moderno y de acoso del sector tradicional, de malestar urbano, que Karl Deutsch llama "*social mobilization*" y que François Bourricaud aplica al caso peruano.

Un simple hecho domina este aspecto de la cuestión: la difusión de estos populismos está íntimamente ligada al crecimiento, imprevisto, brutal, del cuerpo electoral. Hecho decisivo, cierto, que en ciertos casos, es debido a la adopción del sufragio universal (Perú: 1931, Brasil: 1934). En treinta años, de 1931 a 1963, el porcentaje de electores en relación a la población total ha pasado en el Perú, de 3 por 100 al 21 por 100. El partido dominante en este período, el partido aprista, descansa sobre la ola de nuevos electores. Asistimos en el Brasil, a un fenómeno similar: el porcentaje de nuevos electores, que no llegaba sino al 3,5 por 100 en 1933, alcanza un 22 por 100 en 1960. El hecho que este sufragio "universal" deja a un lado a los iletrados, es decir, a la gran mayoría de la población adulta, el número de votantes sea todavía un poco elevado (46 por 100 solamente en 1950 en Brasil), no debe, sin embargo, conducir a subestimar la amplitud de este crecimiento electoral que se constata en todas partes. En Ecuador, se cuentan 62.000 votantes en 1933; 800.000 en 1960; 1.200.000 en las elecciones de 1968. En Bolivia, el partido M.N.R. en el poder, acelera el crecimiento del cuerpo electoral acordando el derecho de voto a los analfabetos. Antes de 1952, había 300.000 inscritos; en 1953 llegan al millón; en 1968 son 1'300.000. Esta extensión del voto a la masa estuvo acompañada de cierta "ruralización" de la vida política (rol de los sindicatos del M.N.R., reforma agraria, etc.), lo que hace de Bolivia un caso aparte en la tendencia general de convertir más y más los capitales y los centros poblados en centros de poder político-social en América Latina.

El simple crecimiento demográfico no explica el acrecentamiento del cuerpo electoral, ya que la masa electoral crece más rápido que la población total. Ello implica forzosamente el aumento de la escolaridad, la urbanización y la homogeneización, tan importantes en los países marcados por los contrastes étnicos, regionales y culturales. Los nuevos votantes son alfabetizados de fecha reciente y son también los nuevos ciudadanos. El fenómeno de la urbanización acelerada en América Latina es bien conocido. En Venezuela, la población rural

descendiendo de 70 por 100 en 1948 a 30 por 100 en 1968. Caso extremo, quizá. Pero en el Perú rural y andino, la población urbana ha aumentado 130 por 100 en el curso de los veinte últimos años, en tanto que la población total no aumentó sino en un 67 por 100. En los países tradicionalmente rurales, poblaciones rurales y urbanas se nivelaron hacia 1970. Los criterios que llevan a distinguir, en estos países, las aglomeraciones rurales y urbanas, son ciertamente, sujetos a discusión. Pero el abandono de los campos es un hecho innegable, aún si lleva a la pseudo-urbanización miserable de las barriadas (o chabolas).

Sea, pues, en la metrópolis, los centros mineros, los puertos o en los suburbios, la población, en éxodo continuo de zonas de sombra del campo hacia los focos de expansión económica, tiende a iniciarse en los valores y las costumbres ciudadanas o, como es el caso de las poblaciones marginales de los Andes transferidas a Lima, a identificarse con el "carácter nacional o criollo". De otra parte, esta población puede ser fácilmente desflorada por la prensa, la radio, la televisión y los partidos políticos mismos. La violación de las multitudes por la *masscommunication* es un hecho en la sociedad en transición.

Las consecuencias en el plan psicológico y cultural son enormes. La urbanización tal como se da en América Latina, es, en realidad, un factor desequilibrador. El éxodo rural, el aprendizaje y la adquisición de sofisticados hábitos culturales, por andinos o provincianos, la integración a la economía comercial de las ciudades, modifican esta población de origen rural sin instalarse completamente en el sistema político nacional. Ni en el universo sub-occidental de las ciudades. Los límites de los partidos establecidos se acumulan, pues, esa *plebe citadina*, es decir, la clientela populista en potencia y por muy poco ella caerá en manos de un grupo de *meneurs* de masas o de un César populista. El proceso de movilización ascendente será, pues, canalizado por vías paternalistas: partidos, jefes o estados protectores. Además, los ex-campesinos transfieren a las grandes ciudades los lazos de dependencia a los cuales están habituados; así, las nuevas capas sociales lucen una fuerte tendencia al autoritarismo, los jefes populistas asumen, pues, estas convergentes actitudes.

Reencontramos así, bajo la fachada de partidos y organizaciones modernas, la presencia subyacente en el comportamiento político latinoamericano, de esa "imagen paternal" que domina la vida del XIX; de los déspotas deslumbrantes, tales como Guzmán Blanco o García Moreno o los caudillos como Rosas o Castilla. Pero este culto hacia los líderes populistas, últimos beneficiarios de la "*social mobilization*" del punto de vista político, ¿en qué se distingue de aquello de los "hombres fuertes" de este siglo? ¿De los Facundo contemporáneos, tales como rojas Pinilla, Odría o Perón, Trujillo en la República Dominicana? Tienen en común el arte de manipular estas masas al caudillismo, al paternalismo y al culto de la personalidad. Sin embargo, se puede distinguir un Perón de un simple dictador gracias a la presencia de un agente mediador: el partido y la elaboración de un programa ideológico de la

parte de un César populista y, en último lugar; a su dimensión política. Los dirigentes populistas tienden a contrariar, alterar o modificar a fondo sus sistemas; los "hombres fuertes" son la encarnación y la perennidad del mismo orden.

II. La segunda hipótesis se sitúa en la línea de la teoría italiana de la clase dirigente. Se puede, en efecto, abordar el populismo examinando la búsqueda del poder por parte de una minoría activa de dirigentes populistas dispuestos a desposeer a la minoría gobernante de todos sus atributos. Nadie ha criticado más que los populistas el poder tradicional. Son ellos los que han lanzado nociones de "oligarquía" en el Perú, de "rosca" en Bolivia, de "país político" en Colombia. Han desenmascarado a esa minoría todopoderosa, la han combatido en su prestigio social, en su visión del mundo, en sus mitos. En fin, han tratado de destruirla reclutando aliados en las clases ascendientes. Si los grupos dominantes tradicionales se presentan como una elite, los populismos han jugado el rol de contra-élite.

Dos grandes preguntas surgen entonces: ¿Cómo los grupos dominantes tradicionales han logrado sobrevivir e incluso prosperar, frente a este fenómeno colosal de la movilización social? Pues éste fue muy frecuentemente dirigido contra ellos, contra el *establishment* por los populismos. Y de otra parte, ¿por qué los líderes populistas son precisamente ellos los que mejor han manipulado sus fuerzas sociales agresivas de la entre-guerra? ¿Por qué ellos y no los otros? ¿Por qué no, por ejemplo, los comunistas?

Diversos síntomas permiten entrever una crisis fundamental en el seno de las clases dominantes, de la primera guerra mundial a nuestros días. Pero el rol de "esta minoría estratégica" en la vida de estas sociedades, queda todavía por dilucidar. Se puede sostener, que frente a la llegada de las masas en la escena política, frente a los jefes populistas y el Ejército, la elite tiende a convertirse en un poder invisible, de preferencia económico, a ejercer su influencia gracias al control financiero del país y de la clase media, tanto que ella deja de seguir sus normas y sus propios líderes aristocráticos. Pero en revancha, si la elite gubernamental, o el "personal político" como lo llama J. Maynaud, está casi enteramente compuesto de individuos venidos de capas medias, la gens oligárquica guarda todo su prestigio social. Es una idea estereotipada ver en los detentores del poder económico y social los detentadores del poder político. Es raro que esto se de así en América Latina. Los hombres más ricos no son necesariamente los presidentes de la República, los ministros o altos funcionarios. En el país donde el Estado es débil, el poder político puede caer en manos de intrusos. Los clanes oligárquicos imprimen los diarios, tramam las conspiraciones, influyen en la vida pública, pero el poder estatal no está directamente en sus manos. Y el poder social y económico, entre *Gesellschaft* y *Gemeinschaft*, viene con la brecha abierta para los populismos en el *establishment*. Además, el poder espiritual, en su acepción cotidiana más amplia, también ha escapado a la oligarquía. La *intelligentsia* latinoamericana es francamente contestataria: rebelde o revolucionaria. Es el

aluvión populista el que ha separado la elite tradicional del mundo político y también del mundo intelectual que le pertenecía desde siempre. Los populistas no han destruido el *establishment*, pero lo han debilitado en todos los países, creando diversos focos de poder. Sistemas a varios roles, los detentadores de los medios de producción, del poder espiritual (la guerra entre periódicos conservadores y la Universidad), los partidos políticos y el Ejército se disputan el poder. Pero ninguno de ellos lo retiene del todo.

Para confirmar esta hipótesis, estudiemos los países donde no ha habido populismo, Chile, por ejemplo. Todo lleva a pensar que ahí se desarrolla una clase dirigente de carácter muy diferente del resto de la América Latina. Rápida toma de conciencia nacional con Portales en 1833, guerra de expansión hacia los territorios ricos en nitratos del Norte de Perú-Bolivia, en 1879-1883, la victoria militar que sigue permite a esta clase reforzar sus posiciones "vis-à-vis" de los militares y de los EE.UU. que se oponían al control de Chile sobre los territorios conquistados. En el siglo XX, con la clase obrera, surgida en las regiones del cobre, carbón y nitratos del Norte, emerge un poder en las antípodas sociales: socialista y comunista. Pero la clase dirigente chilena "institucionaliza" el conflicto, y un sistema de partidos más o menos estables y "europeos" se establece. ¿Es que no hubo populismo porque no hubo crisis en las clases dirigentes?, o ¿por qué de ellas no se desclasó un sector en búsqueda de "aliados" en las clases más bajas —como fue el caso de haya de la Torre y de los apristas— o porque en el otro extremo de la escala social los obreros formaron un "partido de clase"?

Por otra parte siempre debemos preguntarnos por qué fueron los populistas y no, por ejemplo, los jóvenes partidos comunistas fundados entre 1920 y 1940, quienes beneficiáronse del impulso de esas masas disponibles. Se puede pensar que, en el stalinismo rigurosamente aplicado por los funcionarios del Komintern, había pocos elementos heroicos susceptibles de dar cuenta de esta inesperada variante de los apristas, peronistas y getulismos americanos. Cuando el peruano José Carlos Mariátegui, el único pensador marxista de esta época en el continente, presenta un programa Indo-Americano al congreso comunista de Montevideo de 1929, fue precisamente acusado de "populista" y, como tal, rechazado. El dogmatismo ideológico juega un rol importante en esa desadaptación. Pero también se trata de una repugnancia casi visceral de los equipos comunistas por los métodos de propaganda, el estilo y el *pathos* de los populistas les recordaba, unas veces, los viejos caudillos del siglo XIX; otras los fascismos europeos que combatieron personalmente ciertos comunistas americanos. La querrela ideológica se transforma con el tiempo en rivalidad, después, en franca incompatibilidad.

Los populistas estaban quizá mejor preparados a comprender y movilizar los grupos marginales, ya que no los consideraban como un "lumpen-proletariado". Quizá no estaban trabados por el marxismo ortodoxo entonces. Quizá supieron utilizar, en las nuevas circunstancias, ciertas reglas de juego

tradicionales, por ejemplo, la lealtad de la población hacia el caudillo, transformado esta vez en dirigente. Disponían, por último, de símbolos apropiados: emblemas indigenistas, mitos nacionalistas, invocación a una cultura y a una tradición propia, violadas por el imperialismo agresor. La tercera Internacional no logra prosperar en América Latina frente a estos políticos intuitivos.

III. En fin, en muchos casos, se puede ver en los populismos una revolución frustrada, al menos es lo que insinúa Eric J. Hobsbawm cuando analiza la situación colombiana en 1948, es decir, en el momento del apogeo y de la muerte de Gaitán.

Si es así, es partiendo de su fracaso como se puede abordar el estudio de esos movimientos. El balance es grave y las soluciones de frustración son innumerables: la reforma agraria boliviana del M.N.R. es un desastre; la industrialización brasileña y argentina no llevó a la independencia económica; Perón está en exilio; el APRA no llevará jamás a Haya de la Torre a la presidencia. Vayamos inclusive más lejos: los populismos, anti-imperialistas, anti-oligárquicos en su comienzo, juegan hoy día un rol nefasto. Dejando aparte los residuos de peronismo y getulismo, son los aliados de la estrategia imperialista americana en el continente. Y están asociados a los clanes oligárquicos del poder. En fin, la llegada al poder del ejército pone fin al período de hegemonía política electoral populista en el continente. Los últimos golpes de Estado, en el Brasil (1964), en Argentina (1955), en el Perú (1968), son dirigidos contra los líderes y contra el sistema de partidos sobre los cuales reinaba el populismo local.

Es necesario, sin embargo, preguntarse si esto significa el fin de una dimensión populista de la política del continente y si el ejército no está dispuesto a seguir los métodos de las administraciones derrocadas, sin sus políticos. El populismo devendrá, pues, en una dimensión de la política de masas tendiendo a alinear y manipular éstas bajo la conducta de jefes carismáticos. En este sentido, la popularidad codiciada por los nuevos gobernantes militares es un hecho que no se puede descuidar.

En definitiva, la noción de populismos es válida o no. Ella ha servido, a lo largo de este artículo, en nuestra reflexión sobre los fundamentos económicos, sociales y culturales de esta constante política en la vida del continente. Ella nos ha permitido abordar el tema de un punto de vista que abraza la evolución de esas fuerzas locales, aparentemente sin relación, como manifestaciones de una personalidad política colectiva. En fin, insistiendo sobre la denominación populista, ella nos ha permitido situar el carácter nacionalista de estos movimientos como un aspecto suplementario, importante, pero que no es lo esencial; lo esencial es la presencia colectiva. Y sus formas de lealtad, de relaciones con los jefes recuerdan por su "verticalidad" y por su carácter irracional a los fascismos europeos, en realidad ellos recuerdan más todavía las normas, vecinas en el tiempo y en el espacio, de la tradición americana: la



lealtad hacia los caudillos del siglo XIX, tan cercana. Dadas, pues, estas consideraciones, si no rechazamos la noción de populismos por su comodidad, ella nos parece insuficiente. El lugar que conviene situarla en el sistema internacional de fuerzas políticas, no es al lado de los movimientos ideológicos que fueron a la búsqueda del pueblo sin encontrarlo. En América Latina, los populismos han sido más hábiles, más eficaces y más imaginativos que sus primos de ultramar. Entre las tres dimensiones de estos movimientos, el partido, el programa y el líder, es la última la que nos parece la esencial.

Sugerimos que la noción de Cesarismo, tomada en el sentido de una forma de despotismo que tiene a combinar el poder personal y el sentimiento popular, reemplace aquella del populismo. Este *cesarismo populista* será en ciertos casos, demagógico, en otros, democrático. Además, la noción, no es del todo nueva en la sociología americanista. El positivista venezolano Valenilla Lanz ya intentó imponerla. Estos "cesarismos democráticos" aparecen, sin embargo, como una justificación de los tiranos de su tiempo y de sus legiones victoriosas. Pero esta noción así corregida puede dar mejor cuenta del imperio que ejercieron, en los últimos años los césares populistas en la vida del continente.

-----

Fuente:

*Del pensar mestizo. Ensayos*, TERCERA PARTE: Anticipaciones, p. 273 a 322, Editorial Herética, Lima, Oct. 2006

(°) Ediciones anteriores :

*-Populismes ou Césarismes populistes?*, Revue Française de Sciences Politiques, volume XIX, N°3, juin 1969. Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris

*-El cesarismo populista*, Serie R. Núm. 9, Ed: Zero, S.A. Telleche, 11. Algorta (Vizcaya), 1970